

HAUTE VIENNE, SEPTEMBRE 1958

Mertxe Carneiro Bello

(<Tu pars, ma chérie?>)

Resulta que yo tenía trece años, y en éstas que va y me da por perderme en aquellos caminos de oro y de silencio que la tarde otoñal, ya algo senil, abría por la recalentada piel de septiembre. Sinceramente, al principio creí que lo hacía por descansar de tanta incomunicación y extrañeza, pero enseguida me di cuenta de que se trataba de lo de siempre, de esa súbita distancia que más tarde o más temprano acaba por estallar entre mi trastienda y el resto del universo. "Aire, solía recetarme resueltamente a la menor, y entonces salía presurosa rumbo a mis trastos.

(<Oui, madame Labauchet, ce n'est qu'une petite ballade...>)

Mi distancia solía esperarme impaciente mucho antes de llegar a la Place de la Forge, una especie de delta que recogía el aluvión de media docena de vestustas callejas. Mi distancia se llamaba, naturalmente, *campagne*, recuerdo que su verde y embriagadora marea se adentraba alegremente a mi encuentro, cada día más osada, sí, sí, cada día más pujante, convirtiendo aquellos lugares en un jardín plagado de aromas, de revuelos de aves, de murmullos de agua, de acampadas de caracoles, de cuchicheos de follaje, de correrías de lagartijas... ¡Una cosa!

(<Ne rentre pas tard, je t'en prie!>)

El acercamiento, qué digo, el apasionado abrazo de lo urbano y lo campestre me llenaba de estupor pues semejante fusión era algo inconcebible para mis ojos, que venían de un pueblo monstruosamente recrecido y en permanente pie de guerra contra la Naturaleza. Pongamos que hablo de Rentería. (Perdón, Errenteria.) En fin, que yo abordaba mis distancias a esa hora en que cambia el cielo su sonrisa luminosa por un rictus de cobre e inmediatamente se aquieta el paisaje y ya todo se impregna de la vieja y desfalleciente tristeza del crepúsculo.

(<Non, Madame, ne vous en faites pas...>)

No quería pensar. Más que nada para dejar de ser durante un rato. Únicamente "andaba errante soñando, es decir deambulaba". (Esta frase se la he birlado a Víctor Hugo, porque no encuentro nada mejor para explicar de qué manera fagocitaba yo, por aquellos entonces, el infa-

me griterío de mi nostalgia.) Dejaba que mis pies tomaran todas las decisiones, y ellos, sin duda abrumados por la responsabilidad sobrevenida, a veces corrían sin venir a cuento y otras veces se me clavaban interminablemente en medio del camino. Yo nunca les dije ni pío, la verdad.

(<A tout à l'heure, mon trésor!>)

A mi alrededor casi todo eran collados. Un mar de suaves, aterciopeladas jorobas sirviendo de amoroso soporte a los mestizos sueños de las uvas y, de estuche, a los atómicos desvaríos del uranio. Yo aún no sabía decir coño-qué-cojonudo-es-esto. Mis trece años, al cambio de aquella época, daban todo lo más para un jopé-qué-pocholada. Pero, estilos interjectivos aparte, puedo asegurar que el sentimiento era muy intenso. Tanto, que mientras sentía las manos del aire cuajarme la piel de caricias no había bicho viviente más feliz que esta menda.

(<A tout à l'heure, Madame...>)

Siempre me fascinó que los bosques de alerces no acataran el toque de queda que imponía el ocaso. De hecho, a esa hora

crecía escandalosamente su nemoroso follón. Aquellas coníferas venían a ser –más tarde lo descubrí– la nota discordante en las idílicas relaciones de la naturaleza viva y esa otra gredosa y estática que emana del hombre. De las caderas de los montes llegaba el confuso alboroto de sus blandas y verdegayas voces rasgando los velos serenos de la tarde que protestaba débilmente. Entonces no se me pudo ocurrir, pero hoy... Hoy... Aire, ya he dicho que me recomendaba, y me ponía en manos de mis pies.

Es una idea loca, lo sé, pero esos bosques se me antojan ahora multitudinarias asambleas permanentes en las que muy bien podía haberse estado debatiendo, removiendo y nombrando comités que coordinasen la lucha contra las talas abusivas. Que también por allí se las traían... A lo mejor se trataba de la Resistencia de la Flora. Alta, esbelta Resistencia cascabelera de piñas que aún suenan en mi cabeza como aplausos. O como bofetadas, vayan ustedes a saber. Que los vegetales son muy suyos para estas cosas, y cuando se les hinchan las raíces... Pues eso.

(<Salut, m'p'tite!!!>, aullaba desde su molino *la mère Cécile*, decana de las despiadadas cotillas del lugar.)



Llegó a engancharme Saint-Léonard-de-Noblat, sí. Ahora que lo pienso, el pueblo tenía el raro don de la ubicuidad. Me lo encontraba arriba, en la colina, en medio de esas cosas que he contado. Y estaba abajo, muy pero que muy abajo, en medio de otras muy diferentes, porque allí, en lo hondo del valle, todo ocurría repentinamente : claro cielo, cielo negro; verdes campos, muros grises; suave brisa, pestilencia de humo de chimeneas... En aquel agujero las cosas estaban irremisiblemente sujetas a una abrupta solución de continuidad.

(<<Salut...>>)

Pero a la gente de Saint-Léonard-de-abajo le importaba un comino que el día se arrancase de pronto los ojos; que la hierba se diera de raíces contra la infranqueable frontera de cemento; y que el aire, ay, el aire, no fuera otra cosa que un siniestro ectoplasma de carbonillas. Tampoco le preocupaba que su hondonada tuviera otras rémoras, como por ejemplo que el mismo río que canturreaba en clave de cristal mientras paseaba risueño sus transparencias por la colina, aquí carraspease culebreando turbio, enclenque y malencarado. Un espanto, lo juro.

(<<Dis donc, et madame Labauchet, ... est-ce que ça va?>>, me sondeaba la muy viperina.)

Con independencia de la meteorología, este mierda de río tenía dos fases. Dos. Así que los días pares se deslizaba silencioso y huraño, mirando aviesamente a todo quisque; de vez en cuando un chasquido, de vez en cuando un improprio... Los nones, en cambio, sacaba a relucir toda su mala uva y se disparaba furioso y alborotador por las calles llenando de babas las esquinas que fustigaba con sus odiosas lengüecillas porque, esos días, le molestaba molestarse en girar. Un gilipollas, eso es lo que era, un gilipollas que no tenía ni medio litro.

(<<Oh, oui, bien sûr...>>, mentía yo, aun sabiendo que la mujer andaba *très foutue* con su trasero recamado de hemorroides.)

Menos mal que arriba, en la colina, persistía la belleza. Es más, yo diría que acrecentada por aquel aliento *avant-coureur* del otoño que envolvía los campos en un ensueño vaporoso y perfumado mientras las hojas de los árboles se divertían poniendo pedales de Re en *pianissimo* a los rasqueos en Re mayor de los pájaros. Miren ustedes. Pero, algunas veces, el aire se volvía prosaico y le daba por gamberrear en los *jardins potagers* despeinando judías, puerros, coles y nabos; o azuzando a los cuadrúpedos, que hay que ver cómo se cabreaban.

(<<Et monsieur Labauchet..., ça va aussi?>>, continuaba escaneándome sin desmayo la buena señora.)

Por aquellos días, arriba y abajo estaban muy orondos con don Charles De Gaulle. *Le général, en grande figure*, ya llevaba unos meses recontratado temporalmente como Salvador de la Patria y sus Colonias. Que era para lo que, sin duda, había estudiado desde pequeño. “Un héros!”, decían del “mesié”. Naturalmente, yo no tenía el menor atisbo de lo que se estaba cociendo pero andando el tiempo, cuando me llegó la hora de envejecer, o sea de saber, comprendí que aquel señor había sido, por lo menos desde aquel 1958, un cantamañanas estereofónico.

(<<Oh, oui...>>, seguía mintiendo yo, porque el hombre también tenía sus más y sus menos con el reuma.)

Pasa mucho con la gente cuartelera. Supe que había gritado a los franceses de Argelia : <je vous ai compris!> y <vive l'Algérie française!>; pero supe también que pegó

volantazo y Argelia fue (claro está) independiente. Supe que metió mano al patio internacional; pero supe también lo “agradecidos” que le quedaron en China, Biafra, Oriente Próximo y, que no se me olvide, en Viet-Nam. Sobre todo en Viet-Nam. Y supe que, de mediar otro clima, Canadá se hubiera quedado helado con aquel “vive le Québec libre!” que le dedicó el muy lenguaraz.

(<<Eh, *ben*, ma gosse, au revoir!>>, me despedía la “madama”, visiblemente decepcionada.)

En realidad, no fue tan funesto. Entre tanto despropósito brillaba con luz propia aquel arranque que tuvo en el 45, gracias al cual las *femmes françaises* obtuvieron el sufragio universal. El derecho al voto, vaya. (No como aquí, que don Franco sólo nos dejaba hacer canastillas y bailar jotas con la Sección Femenina.) A este chato de don Charles le llegó finalmente su “sanmartín”, que es como decir “mayo del 68”. No sé si les suena... Pues ni entonces el general dejó de ser admirado en Saint-Léonard-de-arriba-y-de-abajo. Por la gente, quiero decir.

(<<Je reviens...>>)

Porque a la Naturaleza le importaba una higa la política y, tras la obligada siesta invernal, en la colina la hierba seguía, erre-que-erre, enmoquetando calles mientras en el valle los prontos epilépticos se intensificaban con la cosa esta de la primavera. (Por cierto, el cabrito del río se había hecho monofásico y andaba todo el día en plan perdonavidas, salpicándolo todo con su espumosa matonería.) Retomando el hilo, debo decir que en aquel septiembre de mis trece años, yo, que venía de una dictadura de mil pares, notaba que me miraban “raro”. Que sí.

(<<C'était bien l'heure, ma fille!>>, me recriminaba tiernamente mi anfitrióna mientras se ahuecaba el almohadón de las posaderas.)

Decían a mi espalda : <<Oh, là, là, cette pauvre p'tite, quel malheur, là-bas, en Espagne, avec ce minable Francooo!>>. Mi esplendorosa ignorancia se encogía de homoplatos creyendo que ese tío era un “toguegó”, o algo. A mí sólo me interesaba mi errante y soñadora andadura, es decir que deambulaba por aquella otra dictadura que, como era francesa, no se notaba tanto. Iba de general a general, y tiro porque me toca. Pero, al menos, yo tenía la eximente de la adolescencia. No como ellos, tan mayores, tan chovinista y tan lelos. *Voilà*.

(<<Oh, pardon, Madame...>>)

El Salvador de la Patria, sus Colonias y Resto del Mundo acabó delatándose. Un día, ya puesto a decir cosas, fue y largó a todos los vientos esa cosa tan freudiana de “c'était mon destin historique d'assumer la France!” O sea, lo de siempre.... Es que todos los dictadores son igual de bocazas. Es inevitable. Tanto, como que en aquel mi primer otoño francés, *moi, la petite espagnole*, tuviera que sobrellevar esa cruz abrumadora de que me preguntaran, a cada paso, si sabía tocar las castañuelas, cantar flamenco y, ah, que qué tal se me daba la paella.

(<<Merde! Merde! Et Merde!>>, le hubiera contestado de no haber sido por aquellos malditos subdesarrollados trece años.)